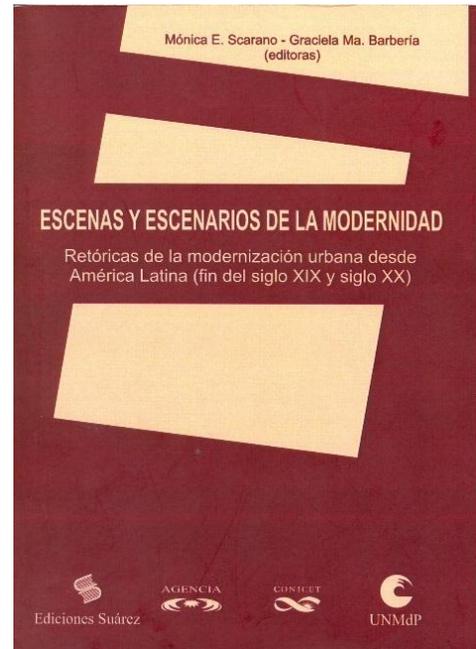


**Mónica Scarano y Graciela Barbería (eds.)**  
***Escenas y escenarios de la modernidad. Retóricas de la modernización urbana desde América Latina (fin del siglo XIX y siglo XX)***  
**Mar del Plata**  
**Ediciones Suárez**  
**2013**  
**184 pp.**



Guadalupe Silva<sup>1</sup>

Recibido: 31/07/2014  
Aceptado: 12/08/2014

La tendencia a constituir la modernidad en un objeto de investigación específico dentro del campo latinoamericano se profundizó a partir de las últimas décadas del siglo XX. Observa Ignacio Iriarte en su capítulo de este libro, que si bien “lo nuevo” fue la consigna que dominó la producción intelectual de los años sesenta –años indudablemente modernizadores–, el concepto rara vez fue tomado como un asunto en sí durante este periodo, tal vez debido a sus connotaciones dependentistas (80). Fue Ángel Rama, en su *Transculturación narrativa en América Latina* (1984), quien produjo un

giro notable en este sentido al recuperar la noción acuñada por Fernando Ortiz –la de “transculturación”– y poner en juego una lectura dialéctica de la modernidad latinoamericana en su relación con Europa. *Escenas y escenarios de la modernidad. Retóricas de la modernización urbana desde América Latina (fin del siglo XIX y siglo XX)* retoma expresamente este camino: “Los trabajos aquí reunidos”, escribe Mónica Scarano en la presentación, “tienen su marco en el horizonte de lectura que provocativamente, desde hace algunas décadas, inauguran ciertas perspectivas de los estudios críticos de la cultura latinoamericana, distanciándose de los controles institucionales o epistémicos de lo canónico” (7). Son parte de este elenco crítico, además de Rama, Julio Ramos,

<sup>1</sup> Licenciada en Letras por la Universidad Nacional del Sur y Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Contacto: [titillatio@gmail.com](mailto:titillatio@gmail.com)

Néstor García Canclini, Jean Franco, Jesús Martín Barbero y Renato Ortiz (7), sin olvidar a Susana Rotker, varias veces mencionada a lo largo del libro por su trabajo precursor sobre la crónica en José Martí.

De los cinco ensayos que componen el volumen, cuatro fueron realizados en el marco del proyecto de investigación “Escritos de la modernidad/modernización urbana en América Latina en los dos últimos entresiglos” (PICTO, ANPCyT, UNMdP), con la única excepción de Carmen Perilli, invitada a colaborar en la publicación. Este marco le da al libro una visible unidad, pues orienta las lecturas en torno a ciertas preguntas que vemos reaparecer en cada trabajo: ¿cómo se articula el género crónica con la construcción del imaginario moderno en América Latina?, ¿qué papel juega la ciudad como escenario privilegiado de estos discursos?, ¿en qué lugar de enunciación se sitúa el cronista y cómo constituye su propia subjetividad a la vez que reconstruye el espacio urbano en su mirada e interviene en su presente? Los tres conceptos clave que articulan el libro, *ciudad*, *modernidad* y *crónica*, dan lugar a distintos problemas y recortes críticos: uno de ellos es la relación centro/periferia, es decir, la constitución de “lo moderno” –con sus ideologías e ideologemas– en un paradigma hegemónico para las sociedades occidentales del último siglo, otro es la dinámica de ruptura/nuevo comienzo, tradición y novedad, propia del pensamiento modernista y vanguardista del siglo XX; otro, finalmente, es la colocación del sujeto como eje de la escena urbana.

Vale aclarar que los capítulos no asumen una perspectiva teórica general sino que cada uno se desarrolla con su

propio estilo y bagaje de conceptos. Los trabajos son monográficos (en el sentido de que cada uno aborda objetos particulares) y se disponen cronológicamente en cuanto al tema. Se podría, sin embargo, reconocer cierta simetría: los dos capítulos iniciales se destinan a la época modernista y los dos finales privilegian la crónica de la segunda mitad del siglo XX, en tanto que el trabajo sobre Sarduy investiga lo que podría considerarse como un punto de quiebre: la literatura en los inicios de la década del sesenta. Describiré entonces brevemente el contenido de cada capítulo.

En “Vitrinas de papel. Formas urbanas en Martí, Darío, Ugarte y Gómez Carrillo”, Mónica Scarano propone estudiar un conjunto de crónicas modernistas escritas desde Nueva York y París, como verdaderas “exhibiciones” de la urbe moderna, dispuestas a manera de ventanas al mundo en periódicos y revistas, que a su vez cumplieron la función de ‘miradores’ privilegiados, *belvederes* ideales para representar y difundir el proyecto moderno pergeñado por las metrópolis” (18). Su análisis se focaliza así en el aspecto “escópico” de los textos, así como en su actuación como dispositivos de reproducción ideológica a través de una retórica orientada a atraer las miradas y con ellas el deseo. Estos textos contribuyeron así, según Scarano, a construir y promover el proyecto modernizador desde el centro a la periferia.

El siguiente capítulo se ocupa de otro gran modelo de la época: el discurso positivista. En “Peregrinaciones laicas y modernas. Los congresos científicos en las crónicas de viaje de José Ingenieros”, Cristina Fernández analiza de qué modo estas crónicas colaboraron en “diseñar esa nueva modalidad del viaje cultural que era, en el entresiglo XIX-XX, la

asistencia a congresos y reuniones científicas [...] cuyo valor educativo – tanto en el sentido cognitivo como moral– las hacía merecedoras de la difusión en un medio periodístico como *La Nación*” (78). El artículo hace hincapié en la dimensión secularizadora de estas crónicas, en las que el científico es investido con atributos religiosos, no desde ya para reenviarlo al pasado, sino para legitimarlo como oficiante de la nueva “fe” en el progreso de la ciencia. Otro aspecto interesante de este trabajo es su análisis de la articulación de los discursos modernista y científicista en Ingenieros.

El capítulo de Ignacio Iriarte, “De la revolución al exilio, de La Habana a París. Los primeros años de Sarduy”, aborda un momento clave en la trayectoria de este escritor: la transformación de su proyecto literario luego de su salida de Cuba en 1960. Hasta la publicación en 2006 de un volumen que recoge sus escritos previos al exilio, el contraste entre sus textos cubanos y parisinos no podía apreciarse en toda su dimensión. Aquí Iriarte no solo repone a ese “primer” Sarduy desconocido –alguien que apoyó el compromiso revolucionario con una retórica combativa– sino que analiza el verdadero “vuelco” de su programa literario hacia una posición más bien afín al liberalismo estético. A través del análisis de la época y los contextos cubano y parisino, el trabajo ofrece una lectura pormenorizada de este cambio, que Iriarte analiza no tanto a partir de especulaciones sobre el pensamiento íntimo del autor, sino a la luz de la dinámica rupturista que fue propia del modernismo en que se desarrolló, con su “antagonismo irreductible” (118) entre pasado e innovación, permanencia y discontinuidad.

Los capítulos de Graciela Barbería y Carmen Perilli pueden presentarse juntos dado que abordan objetos similares y comparten intereses en la crónica del último medio siglo. “Segmentos del paisaje urbano. La modernización de las prácticas culturales en la crónica latinoamericana del siglo XX”, de Barbería, se ocupa de textos de Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska y Pedro Lemebel, con el fin de analizar cómo impacta en ellos la transformación sufrida por las ciudades latinoamericanas a partir del proceso de masificación iniciado alrededor de los años cincuenta. La crónica, según esta lectura, es un testimonio fiel de este impacto transformador, como se ve en sus propias dislocaciones, su multiplicidad de perspectivas, sus cruces de géneros y la articulación de registros “altos” y “bajos”, cultos y populares. El capítulo de Carmen Perilli (“Miradas de mujeres y crónicas urbanas. Elena Poniatowska y Margo Glantz”) comparte algunos aspectos de esta perspectiva. También aquí se parte de considerar la ciudad a la luz de sus transformaciones recientes –el paso de “cosmópolis” a “megalópolis”– y también aquí la crónica, “ese ornitorrinco de la prosa”, es considerada como “uno de los dispositivos predilectos en la figuración de nuestras fragmentadas y fragmentarias cartografías urbanas latinoamericanas” (150). El acento, sin embargo, está puesto en la comparación de dos acercamientos femeninos a la ciudad, no tanto desde el punto de vista del género, como de la autorrepresentación del yo cronista en ese “doble en el que en el acto de mirar al otro uno se mira a sí mismo” (170).

Acaso podría leerse esta disposición simétrica de los capítulos como una invitación a reflexionar sobre las transformaciones del género crónica a

través de la bisagra que supondría ese punto medio entre el momento más plenamente moderno –incluso modernólatra– de la cultura latinoamericana, y lo que podría considerarse como su etapa post-moderna. Este último término, es preciso aclarar, no aparece en todo el libro, pero es sugestivo que el problema de la modernidad y la modernización deje de tener peso en los últimos dos trabajos. Esto parece sugerir algo que me gustaría proponer como conclusión personal: que el esquema centralista-metropolitano propio de la crónica modernista según es analizada en la primera parte de este libro, puede encontrarse invertido en el análisis que los últimos dos capítulos hacen de la crónica reciente sobre el descentramiento textual-urbano. El ensayo de Sarduy, y muy particularmente textos como “Por un arte urbano” y “Dispersión/falsas notas”, tomados por Iriarte, podría verse entonces como un signo de este nuevo acercamiento a la ciudad en tanto texto sin centro, fragmentario, caóticamente globalizado, hecho de superposiciones. Signo, en fin, de una época en la que ya no es posible ninguna “peregrinación” al exterior en busca de modelos.